

# El Primer ausente

**JORGE BRAVO**

Un hombre no es sino lo que sabe.  
FRANCIS BACON

El politólogo italiano Norberto Bobbio acuñó la frase “el tercero ausente” para referirse a un organismo internacional capaz de mediar y resolver efectiva y eficazmente los conflictos entre las naciones. Aquí parafraseamos a Bobbio para señalar que en México ocurre un fenómeno similar: el presidente Vicente Fox es el primero ausente.

Tradicionalmente el mexicano ha profesado un respeto casi absoluto a quien representa la máxima autoridad del país: el Presidente, antecedido con frecuencia por el título de señor. En El ogro filantrópico Octavio Paz afirmó: “Salvo los interregnos de anarquía y guerra civil, los mexicanos hemos vivido a la sombra de gobiernos alternativamente despóticos o paternos pero siempre fuertes: el rey-sacerdote azteca, el virrey, el dictador, el señor presidente.” El régimen político posrevolucionario estableció una regla no escrita que consistió en prohibir cualquier crítica a la institución presidencial so pena de terribles consecuencias. La libertad de expresión estaba restringida, en primer lugar, a la figura que ostenta el cargo público más importante del país.

Ese arraigado rasgo de la cultura política de los mexicanos –anclado a prácticas autoritarias hereda-

das del pasado reciente y remoto– se modificó sustancial y temporalmente con el acceso al Poder Ejecutivo por parte de Vicente Fox. Una característica, entre otras, del actual “presidencialismo mediático” (según la afortunada expresión de Porfirio Muñoz Ledo) consiste en la desacralización del poder político. La imperiosa necesidad de poner fin a más de siete décadas de gobiernos autoritarios obligó a los diversos candidatos (principalmente Vicente Fox) a adoptar una táctica político-electoral que contrastara y se opusiera de manera clara y contundente a la estructura rígida, la solemnidad y la actitud monolítica de los mandatarios priístas. Fue entonces cuando en los equipos de campaña de los candidatos hicieron acto de presencia un nutrido séquito de creadores de imagen, mercadólogos, publicistas y creativos quienes vieron en la ilegitimidad y vetustez del régimen y el partido preponderante (PRI) la oportunidad de poner en práctica estrategias propagandísticas y de marketing político nunca antes empleadas.

El anhelado y lícito acceso a los medios de comunicación (vedado durante décadas a la oposición) con base en una imagen dicharachera, ingeniosa y ocurrente cobró su primera víctima en la propia institución presidencial. El carisma y el antisolemne discurso político foxista no tardó en erigirse en estilo personal (mediático) de gobernar. Fox, su equipo de colaboradores y el Partido Acción Nacional no supieron distinguir el

umbral entre ser oposición efectista y gobierno eficaz. En cambio prefirieron permanecer en la primera instancia y con ello perder una oportunidad histórica de consolidar un régimen democrático. Las consecuencias saltan a la vista: no existe un verdadero ejercicio de la autoridad legítima. La inexperiencia del gobierno de la alternancia (del “cambio”) se entremezcló formalmente con los procedimientos obstruccionistas de los partidos políticos en el Congreso, los resabios autoritarios, el fortalecimiento de ciertos poderes fácticos como la delincuencia organizada y las instituciones mediáticas, las desatadas ambiciones personales y un contundente desprecio hacia la política, de tal manera que es difícil establecer la causa primera o principal del deterioro de la vida pública. La suma de todos esos factores, y muchos otros, crearon una fórmula que se resume en la impericia de la administración foxista y el contagio –como un reflejo fiel de la misma– a las demás institu-

ciones de la sociedad mexicana. Sin pretender justificar la inexperiencia e ineficacia del gobierno de Vicente Fox, también es necesario censurar sin ambages al prolongado autoritarismo y a su élite política, como responsables colaterales de haber cooptado la profesionalización de los cuadros dirigentes que hoy gobiernan el país.

Nunca antes en la historia de México un gobernante en funciones ha sido tan abiertamente criticado como Vicente Fox (las mismas reglas no escritas del priísmo permitían la diatriba una vez que el presidente había abandonado el cargo). Sin duda ello es resultado de una mayor libertad de expresión; pero sobre todo es falla del principal protagonista. Inevitablemente los medios de comunicación han vapuleado a Fox. La “incontinencia verbal” del presidente (Trejo Delarbre) le ha restado seriedad y circunspección a su investidura. El comediante Andrés Bustamante el Güiri-Güiri recopiló en un mordaz libro (¿Y yo por qué?, Ediciones B) las torpes e irre-



verentes frases de Fox desde que era candidato, las cuales –en versiones actualizadas– no han dejado de aparecer en las primeras planas de los periódicos y los titulares de los noticieros.

El desgaste paulatino de la imagen foxista parece ser el resultado de un comportamiento sadomasoquista. Existe un extraño placer en quedar en ridículo histórico constantemente. Después de cinco años, el gobierno de Fox parece no conocer el debido escarmiento. La prensa golpea, critica y se mofa a diario –incluso de forma insultante– de un presidente débil y frágil porque decidió serlo, o porque realmente lo es a cabalidad. El argumento exculpatorio ha sido el siguiente: Fox no ha querido ser autoritario porque así traza una clara línea divisoria entre su gobierno y el régimen priísta. El ex secretario de Gobernación, Santiago Creel, comulgaba con la idea (equivoca) de no reprimir ningún movimiento social si las demandas del mismo eran legítimas... aunque se violara la ley y los derechos de terceras personas.

Lo más grave es que el discurso foxista (que incluye, desde luego, el de sus más cercanos colaboradores) ha contaminado a la gestión pública. Los errores y fracasos de la actual administración (la construcción de un nuevo aeropuerto, las reformas estructurales, la actitud rijosa con el Poder Legislativo, etcétera) han quedado evidenciados por un fallido y contradictorio programa de comunicación política. Asimismo los méritos del gobierno (la política migratoria, la transparencia institucional, el servicio profesional de carrera y algunas políticas de desarrollo social) no han alcanzado la suficiente difusión entre la población. Las campañas (reactivas) de comunicación social “Qué ha hecho el presidente Fox” y “Las buenas noticias también son noticia” (con una evidente alusión al periodismo que “sólo informa lo malo y no lo bueno”) pretenden resarcir el carcoma del capital político foxista en la opinión pública. Lo paradójico es que la notable corrosión gubernamental pudo evitarse o sortearse con una debida medida republicana, una precisa línea

discursiva acatada a pie juntillas por todos los funcionarios de la administración federal, una muy cuidada relación con los medios de comunicación y la práctica de una visible política pro activa (mucho menos indiferente) para no incurrir en anatemas como “¿Y yo por qué?”, pues “gobernar consiste en tomar decisiones, no en no tomarlas” (Giovanni Sartori).

Con frecuencia en política importa menos lo que realmente es, como lo que parece ser. Las frases y actitud foxianas (el presidente no ostenta el monopolio de las mismas sino que son compartidas por más de uno dentro y fuera de su administración) es lo menos importante del gobierno del cambio, pero ha sido lo más evidente y conspicuo. Incluso han ocasionado fricciones internacionales con Cuba y Estados Unidos. Los medios de comunicación también se han solazado con tantas declaraciones impertinentes. Cada comentario de los funcionarios se convierte en materia prima de incontables notas y artículos periodísticos (en ese sentido sí se han disparado las oportunidades de empleo para los comentaristas políticos). En suma, han dado muy mal de qué hablar. Por momentos esas mismas declaraciones intrascendentes para la vida pública del país parecen cumplir el cometido –precisamente por su irrelevancia y con la complicidad de los medios de comunicación y algunos periodistas– de distraer la atención de otros asuntos de la mayor importancia. La esencia del debate político se olvida intencionalmente por discutir o informar sobre una nueva frase sin sentido o de plano irracional. Al juego de declaraciones políticamente incorrectas se suman los desmentidos, contradichos, contradicciones, justificaciones, enmiendas y los dimes y diretes no menos estafalarios: el encadenamiento discursivo asume derroteros inútiles y sobre todo desgastantes. La vida pública está contagiada por el síndrome de “buscarle mangas al chaleco” (en referencia a la exitosa sección de declaraciones tristemente célebres que concluye el noticiero de los viernes con Joaquín López-Dóriga).

Sin duda los medios de comunicación han contribuido de manera decisiva en la desacralización del poder presidencial. Los dirigentes políticos rebajan el nivel del debate político con tal de tener una presencia permanente en los medios y así cautivar e interesar a los votantes, pues “el arte de agradar es el arte de engañar”. El antecedente fue la elección del año 2000 cuando los tres principales candidatos (Labastida, Fox y Cárdenas) acudieron a la barra cómica de Televisa para ser entrevistados por Adal Ramones y/o Eugenio Derbez. Dichos políticos, y muchos más, apelan a un neopopulismo (Guy Hermet) que consiste en tácticas electorales que adoptan una retórica populista contemporánea (liberal, democrática, de apoyo a los desposeídos, rechazo a la política y a los partidos tradicionales –sin evitar incurrir en las mismas prácticas–, con base en una supuesta “ciudadanización” de la contienda electoral) como recurso de marketing político de fuerte y efímero impacto mediático. Su esfera de acción es la videopolítica, los recursos fotogénicos, las emociones fáciles de asimilar, el lenguaje coloquial. Lo más cercano al líder neopopulista es el vedetismo. Una actitud de vedette (léase Jorge Kahwagi...) que no distingue investidas, escenarios, protocolos y/o situaciones históricas.

La constante transferencia de poder político a otras instancias (como las empresas de comunicación) ha alcanzado niveles de auténtica insolencia y ofensa a las instituciones. Me refiero a las parodias de presidenciables y personajes de la esfera pública en México. Los programas cómicos El privilegio de mandar (Televisa) y especialmente La epidemia presidencial (TV Azteca) abusan del irreversible abandono de la autoridad que ha definido al foxismo. Esos remedos llegan a estar lejos del peculiar, espontáneo y corrosivo sarcasmo popular que emana de la baja clase media mexicana y no encuentra parangón en otras regiones del mundo, incluida América Latina. El telespectador percibe el agotamiento de la fórmula y descubre los mecanismos teñidos de propaganda. Se trata, más bien, de un fingimiento de las televisoras (ajeno

a la calidad histriónica de los comediantes) para proveerse de una legitimidad artificiosa que las coloque por encima de la autoridad legalmente establecida. No sería extraño que dichos programas “modulen” la sátira o incluso desaparezcan una vez que la contienda por la Presidencia de la República vaya definiendo al virtual ganador y comience una nueva relación entre el poder político y los medios de comunicación.

El juicio sumario a la administración de Vicente Fox es de pronóstico reservado. La sentencia puede ser lapidaria o indulgente pero para dictarla sin recurso de apelación hay que esperar el término de su mandato. Hasta entonces podrá saberse si la sucesión presidencial fue desastrosa o si los blindajes económicos fueron los adecuados. Establecer las debidas comparaciones y el análisis en perspectiva permitirá hacertabula rasa y sopesar en su justa dimensión los errores y aciertos del gobierno. Sólo así podrán mitigarse los frecuentes deslices foxistas, pues en última instancia “a los seres humanos se les conoce por sus obras”. En estos momentos “lo que hacemos nunca es comprendido, sino elogiado o censurado”, sentenció Nietzsche. ❏

beltmondi@yahoo.com.mx



Guadalupe Rosas